raba allá en la eterna bienaventuranza: en efecto, á esta hermosa alma, para quien la tierra era penoso destierro, iban ya á abrírsele las puertas de la celeste patria.

Advertido el cardenal-arzobispo Enrique de Sourdis del estado de extrema debilidad en que se encontraba la veneranda Fundadora, quiso despedirse de ella, aprovechando la ocasión de una visita canónica que hizo al monasterio, dando así una prueba de la gran estima y veneración que este ilustre Purpurado tenía á la Beata Madre.

Aunque las fuerzas corporales le iban faltando notablemente á la M. de Lestonnac, su espíritu permanecía vivo y lleno de vigor, y se la veía la primera en todos los ejercicios de Comunidad. Una Religiosa, admirada de la exactitud que observaba en ella, manifestóle un día su admiración, á la que la Beata Madre contestó: «Sabed que por la misericordia de Dios y un socorro extraordinario de su gracia, mi espíritu conserva la energía de la juventud; y siendo así tengo obligación estrecha de emplearlo todo en el servicio de mi Dios y Señor.»

Deseando vivamente las hijas poseer el retrato de su querida Madre, y legarlo á la posteridad, intentaron lograrlo de un modo muy ingenioso.

Resolvió la Rda. M. de Franc hacer pintar un cuadro representando la Purificación de Nuestra Señora, y que en Ana profetisa copiase el pintor las facciones de la Beata Madre. Cuando el trabajo estuvo bastante adelantado, se rogó á la M. de Lestonnac se sirviese examinarlo y manifestar su parecer. Mientras la Madre Fundadora contemplaba atentamente el cuadro, el pintor copiaba solícito el rostro de la Beata Madre. Al poco rato se apercibió ella del engaño, y bajándose el velo, con cierto aire de indignación, efecto de su profunda humildad, dijo: «¡A qué viene esto! ¿por qué se pretende hacer lo que yo no quiero ni puedo sufrir?» Dicho esto se retiró, y la M. de Franc y el pintor debieron resignarse á esperar otra ocasión más favorable.

XXXVII.

Llegó la época de la renovación de votos, que precede á la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, en que las Religiosas, durante tres días, se dedican de un modo especial al retiro y á la oración, y la Beata Madre se recogió con un fervor más que extraordinario, presagiando sin duda

que había de morir en esta fiesta, según deseaba y había pedido al Señor. Contra la costumbre de los otros años, el primer día del retiro se confesó y comulgó fervorosamente. La noche del segundo día, 31 Enero de 1640, por olvido involuntario no se le preparó la ligera cena de costumbre, permitiendo el Señor este descuido para probar á esta alma santa, y ofrecerle ocasión de ejercitar la pobreza religiosa. Cuando la H. Luisa Clissa, que la servía, se apercibió de la negligencia cometida por la cocinera, le manifestó la grande pena que por ello sentía, á lo que respondió la santa Madre: «Eso no es nada, Hermana mía; cualquier cosa me basta.» Contenta de poder experimentar tal privación, comió un poco de pan y un racimo de uvas.

Al acostarse dijo: «¡Bendito sea Dios, que me ha dado fuerzas para cumplir hoy con todos mis ejercicios espirituales!» Y como por prescripción facultativa acostumbrase á tomar un poco de alimento antes de la media noche, añadió á la H. Luisa: «Carísima Hermana, esta noche no me sirváis cosa alguna, para que así podamos vos y yo descansar mejor.»

La Hermana, atendiendo más á los impulsos de su caridad que á la orden que su

santa Madre le había dado, acudió á la hora acostumbrada; pero ¡cuál fué la sorpresa al encontrarla sin habla, inmoble y con los ojos fijos y casi anublados! Alarmada la Hermana, llama muchas veces á la enferma, y no contesta; la observa, y se apercibe que respira muy lentamente, y azorada da voces de que la Madre se muere. A estas voces despiertan las Religiosas, y acuden al aposento de la moribunda. El médico, llamado al momento, reconoce que es un fuerte ataque de apoplejía, y ordena se le apliquen remedios muy enérgicos; pero éstos no produjeron ningún efecto; solamente se notó que á intervalos recobraba, por breves momentos, el conocimiento.

Se avisó inmediatamente á los Padres de la Compañía de Jesús, notificándoles la gravedad inminente de la santa Madre, los cuales, como en vida habían dirigido su alma, así la asistieron, sin dejarla un momento, durante su enfermedad corporal, sucediéndose unos á otros hasta la muerte, por el amor y grande veneración que les merecía la santa Fundadora. Aprovechóse uno de los momentos en que parecía estar en sí, para administrarle el sacramento de la Extremaunción, único que podía recibir en aquellas circunstancias, y se la oyó pro-

nunciar distintamente, por última vez, los sacrosantos nombres de Jesús, María y José, y desde luego cayó en un profundo letargo, que le duró treinta y seis horas.

Este período pareció á la Comunidad, siempre deseosa de tener el retrato de su Madre y Fundadora, que era ocasión oportuna para llamar otra vez al pintor, á fin de que acabara la obra, pudiendo retocar más despacio las facciones de Ana profetisa, imitando las de la M. de Lestonnac. En efecto; entró el artista en el aposento de la agonizante Madre, y mientras andaba preparando colores y pinceles, las Religiosas notaron que la Beata Madre fijaba en el artista los ojos, y sacando de la cama uno de sus brazos, lo meneaba continuamente, como indicando que se retirara aquel hombre de allí.

Esta rara novedad dió á conocer el disgusto que con su empeño le causaban, y se aquietó tan luego como se salió el pintor, sin haber puesto las manos en la obra. Quedaron las Religiosas sumamente edificadas y admiradas de la extrema humildad de la Beata Madre, fiel imitadora del Santo Padre Ignacio de Loyola, que en lance semejante nos dejó ejemplo de esta grande y profunda virtud.

Por entonces se desistió de tan piadoso intento, aguardando poder efectuarlo después de la muerte de la bienaventurada Madre, pero ni en esta ocasión se la pudo retratar, porque en su cuerpo inanimado aparecieron señales de la gloria que gozaba su alma en el cielo, variando continuamente los colores, é imposibilitaron al artista de sacar una copia exacta, manifestando: «que su pincel sabía retratar hermosuras de la tierra, mas que su ciencia y arte no alcanzaban á copiar bellezas del paraíso.»

Amaneció, pues, el día 2 de Febrero del año 1640, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, y llegada la hora en que debía celebrarse la santa Misa, á la que la Comunidad había de asistir para renovar los sagrados votos y recibir la adorable Eucaristía; viendo á la santa Madre muy próxima á la muerte, temieron las Religiosas que no se muriese durante su ausencia, y sentían no poder estar presentes en su dichoso tránsito. En esta incertidumbre acerca de lo que debían de hacer, estando presente el P. Martel, director de la Beata Madre, le pidió en nombre de la Comunidad que dilatase su partida hasta que sus queridas hijas pudiesen estar presentes en su última hora. Hecha esta petición, se salieron del

aposento, dejándola al cuidado de las enfermeras.

El P. Martel celebró la Misa; y concluida la ceremonia de la renovación de votos, acude presurosa una Hermana, manifestando que la enferma estaba espirando. Acude el P. Martel el primero, y tras de él se reunen presurosas todas las Religiosas en el aposento de la moribunda Madre. «Aquí tenéis, reverenda Madre, le dijo el P. Martel, á vuestras queridas hijas, para asistir á vuestro último trance y ayudaros con sus oraciones. Ellas os ruegan, Madre carísima, que las reconozcáis en el cielo por hijas vuestras, y que ahora les echéis vuestra última bendición.» La veneranda Fundadora, pareciendo oir las palabras que se le dirigían, contestó con un amoroso movimiento de ojos, y luego, dirigiéndolos tiernamente á todas y á cada una de sus hijas, que estaban arrodilladas al rededor de su lecho, regándolo con sus lágrimas, entregó dulcemente su preciosa alma en manos del Criador, á la edad de ochenta y cuatro años, y treinta y dos de vida religiosa.

Así murió llena de años y de merecimientos esta mujer fuerte y verdaderamente admirable, la Beata Juana de Lestonnac, fundadora y primera Religiosa de la

Orden de Hijas de Nuestra Señora, ilustre por su nacimiento, y mucho más por sus grandes cualidades y heroicas virtudes. Mas no murió, diremos con San Francisco de Sales: «pues que el alma fiel deja el destierro por la patria, que es la morada de los hijos de Dios, y como miró de paso la vida de acá, vuela ligera á gozar de otra nueva vida mejor y bienaventurada.»

XXXVIII

Varios acontecimientos prodigiosos contribuyeron á consolar á las Hijas de Nuestra Señora del grande dolor y sentimiento que experimentaban por la muerte de su querida y veneranda Madre Fundadora. Al vestirle el hábito religioso, después de difunta, la sentaron en una silla, y su cuerpo quedó flexible como si estuviera vivo; su rostro se llenó de hermosura y resplandor, desapareciendo las arrugas de la vejez, lo mismo que la palidez cadavérica; sus ojos permanecieron siempre abiertos, y aunque fija la mirada, expresaba dulzura y bondad. Cuatro días estuvo insepulto el venerando cuerpo, y no presentó ninguna señal de corrupción, antes bien exhalaba un olor

suavísimo, que perfumaba el lugar donde estaba expuesto á la veneración de los fieles.

De la carta circular que la Rda. Madre de Franc, superiora de la Casa de Burdeos, dirigió á todas las Comunidades de la Orden cinco días después del fallecimiento de la Beata Madre, copiamos lo siguiente: «El viernes, á las tres de la tarde, la pusimos en el féretro, y nuestra iglesia se llenó de tanta gente que, habiendo llamado músicos para cantar con nosotros los responsorios del Oficio de difuntos, no pudieron penetrar hasta el lugar destinado, y se vieron obligados á volverse. El siguiente día el P. Champeils, de la Compañía de Jesús, hizo la oración fúnebre, y concluyó exhortándonos que solicitáramos la beatificación de la Sierva del Señor. La iglesia y coro se adornaron con colgaduras blancas y orla negra, y en medio de éstas el escudo de la Orden, es á saber, el Nombre de María sobre fondo azul. Todo el mundo la aclama como santa. Para no faltar en cosa que pudiéramos hacer, hemos colocado su cuerpo en un sepulcro de piedra, levantado sobre dos pilares, en medio de la sepultura en que enterramos á nuestras Religiosas difuntas, y por espacio de cuarenta días se ha dejado en nuestra iglesia una capilla decorada de negro. Muchas de nuestras Religiosas guardan parte de sus cabellos, y no le dejaron una sola uña.

«Por lo que á mí toca, hago conservar con mucho cuidado todo lo que ha servido á su persona, á fin de poder dar alguna cosa de su uso á las personas que tengan la estimación que nosotras tenemos de ella. Y pues que tuvimos la gran dicha de verla y estar con ella, deseamos seguir sus pisadas y glorificar á Dios en esta mortal vida, como ella lo hizo hasta el último de sus días.»

Los funerales que se celebraron fueron magníficos: mas que honras fúnebres se pudieron llamar actos de triunfo, pues que se quiso rendir á la ilustre difunta todos los honores que le eran debidos, tanto por su eminente virtud, como por la calidad de fundadora. La concurrencia fué extraordinaria (ávida de ver á la «Santa,» como la llamaban), y su emoción indescriptible.

Con el fin de prevenir el desorden que una piedad indiscreta pudiera causar, se procuró ocultar al público la hora en que se daría sepultura al venerable cuerpo de la Sierva del Señor, cuya ceremonia se efectuó entrada ya la noche, con asistencia de los vicarios generales Sres. Carón y Niat.

XXXIX

Dios, que es admirable en sus Santos, no contento de manifestar en Burdeos la gloria á que había sublimado á su fiel Sierva, quiso también que otras Casas de la Orden participasen de la glorificación é intercesión de su santa Fundadora. En Périgueux, la noche precedente á la defunción de la Beata de Lestonnac, estando la M. de Rieu acostada y tranquilamente dormida, dispierta súbitamente á las once, y ve el aposento iluminado como en pleno día. Se levanta presurosa, y mientras se vestía desaparece de repente aquella prodigiosa luz, y queda otra vez envuelta en densas tinieblas. Se vuelve á la cama, y reflexionando sobre lo raro de lo ocurrido, no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

A la misma hora una fervorosa Religiosa de la misma Casa, llamada H. Mamouche, estaba orando en el coro, y á semejanza de lo que pasó á la M. de Rieu, se apercibe que una gran claridad, á semejanza de la luz del sol en su mayor altura, iluminaba toda aquella estancia, la que después de algunos instantes se eclipsó rápidamente.

Atónita, sin saber conjeturar lo que podía ser, aguarda la mañana para manifestarlo á la M. Susana de Briançon. Mientras hacía la relación de lo ocurrido, se presentó la M. de Rieu, la que contó lo que á ella le había sucedido aquella noche. A ambas contestó la M. de Briançon: «Es que ha muerto nuestra Madre Fundadora.» ¿Recibió ella también revelación particular de su muerte? Así se puede suponer, atendiendo á su gran virtud y á la intimidad que había tenido con la venerable difunta. Sea lo que fuere, la verdad es que, por cartas que se recibieron algunos días después, se vino en conocimiento de que la bienaventurada Madre dió su último suspiro en el momento que la M. de Briançon anunciaba su fallecimiento.

La Comunidad de Poitiers, pocos años después experimentó los efectos de la milagrosa protección de la Beata Madre. Cierto día, una cuadrilla de hombres malvados intentaron escalar los muros del jardín é introducirse en la clausura, y en el momento que iban á dar el asalto se les presenta de pie, sobre la misma cerca, una Religiosa de alto talle, en ademán grave y respetuoso, que con su mirada penetrante los aterra y desbarata. Reconocen en aquella te-

rrible aparición las facciones de la M. de Lestonnac, y despavoridos emprenden presurosa huida, temiendo no les alcancen los castigos que merecían por su osadía y maldad.

En este mismo tiempo la M. de Rieu recibió otro favor de la Beata Madre. Iba una noche á oscuras por un corredor del convento de Périgueux, rezando á la Virgen el Rosario, con unas cuentas que habían sido aplicadas al cadáver de la santa Fundadora; y embebida en su devoción llegó al extremo del corredor, y olvidada de que estaba el piso abierto con motivo de unas obras que se habían emprendido, le faltó el suelo, cae desde muy alto, y da con todo su cuerpo sobre un montón de piedras y otros materiales prevenidos para la obra. Hizo al caer tal ruido, que alarmó á la Comunidad; pensando hallarla muerta ó muy mal parada, la encontraron viva, sin la menor lesión. Reconociendo la Madre de Rieu la admiración de las Religiosas, les dijo: «No hay que maravillarse, Hermanas mías, de este suceso tan portentoso, pues apenas me vi en el aire, invoqué el favor de nuestra Santa Madre, y á su poderosa intercesión y á este rosario que ha tocado á su cuerpo he debido que no me aplastase

el peso de mi cuerpo, ni me lastimasen las piedras sobre las que he caído.»

Los objetos que sirvieron para el uso particular de la Beata Madre fueron otras tantas reliquias que, merced á su intercesión, obraron con su contacto muchos favores y curaciones portentosas, cuyo número sería prolijo referir, aumentando así la estima y la idea de santidad que tenían de la Beata Madre, reconociendo el gran poder que gozaba cerca de Dios.

XL

La incorruptibilidad del cuerpo de la Beata Madre, fué otro portento que patentizaba la gloria que gozaba su alma allá en el cielo.

Para consuelo de la M. de Rives, priora de la Casa de Bèziers, que deseaba una reliquia de la santa Fundadora, el año 1644 se abrió el sepulcro, y se encontró el cuerpo en estado de perfecta conservación. En el año 1680 se reconoció segunda vez el cadáver, y se halló con todas sus carnes, y flexible como si estuviese vivo.

Esta maravilla continuó hasta el año